

097/018/051

G. G. G.



EN HELSINKI

EN la capital finlandesa se han reanudado las conversaciones preliminares de la Conferencia Paneuropea de Seguridad y Cooperación. Bien que mal, la primera tanda, anterior a las Navidades, cerró sus tareas con una nota de moderado optimismo, aunque se apuntaran algunas discrepancias entre los asistentes. En este segundo turno, las posturas se han radicalizado un poco más. Ayer, el delegado belga, actuando en nombre de los países de la Comunidad ampliada, presentó un proyecto que ha causado la consiguiente sorpresa. En primer término se puso en él que se establezca un orden del día detallado, al objeto de no dejar ningún tema al azar. Esta agenda ha de comprender los asuntos relativos a la seguridad, a la cooperación económica, al medio ambiente y al desarrollo de los contactos humanos.

De entrada, el proyecto choca con las intenciones soviéticas. Moscú no quería concretar demasiado los temas de la conferencia, para que los reunidos no se sintiesen cohibidos en su libertad de movimientos.

Pero la verdadera entraña del proyecto sometido por Bélgica residía en la inclusión de los aspectos relacionados con las personas. A juicio de sus patrocinadores, la conferencia en sí supone una distensión europea y esta distensión ha de basarse en el acercamiento de los individuos. No pueden producirse estas condiciones si no se garantiza previamente el intercambio de ideas y de personas.

Los países del bloque comunista no están preparados para esta confrontación. Y, como era de esperar, han reaccionado vivamente. Temen —y no les falta razón probablemente— que una filtración de ideas y una libertad de desplazamientos debilitaría su postura interior, y pondría en peligro el edificio de la comunidad socialista.

Fueron los rusos quienes insistieron en ampliar los objetivos de esta conferencia al campo de la cooperación económica, cuando al principio se había hablado solamente de la seguridad. Y aquel deseo puede crearles ahora serias dificultades, porque difícilmente podrán oponerse a esta consecuencia natural de la conferencia.

Pero hay aún otro aspecto que conviene no perder de vista, en esta maniobra. Por vez primera, en una negociación de esta envergadura, los países del Mercado Común ampliado han presentado frente unido en una cuestión de tipo político. El hecho es sintomático, aunque puede tener sus consecuencias. Por un lado, en Helsinki se perfilarán con más fuerza los dos bloques en presencia, cuando esta conferencia se había planeado como paneuropea. Por otro —resultado del anterior—, se corre el riesgo de aislar a los países participantes que no están integrados en ninguno de los dos bandos, como es el caso de España. Y su contribución a la distensión europea podría ser preciosa en estos momentos.

Luis CLIMENT